

MESA REDONDA

LA "DESESTATIZACION" DE LA UNION SOVIÉTICA Implicancias para el futuro*

Vitaly Naishul, Arturo Fontaine Talavera,
David Gallagher y otros

El texto que se reproduce a continuación es una versión editada de la segunda mesa redonda que se realizó en el mes de abril de 1991 en el Centro de Estudios Públicos en torno a las transformaciones políticas y económicas que tienen lugar actualmente en la Unión Soviética.

En esta oportunidad el profesor Vitaly Naishul, investigador de la Academia de las Ciencias de la Unión Soviética, se refirió a los procesos de desintegración del aparato estatal de ese país y a las paradojas e incertidumbres que ellos entrañan para el futuro de Rusia. Sus planteamientos fueron comentados, en el siguiente orden, por los señores Arturo Fontaine Talavera, David Gallagher, Boris Lvin, Harald Beyer y Juan Andrés Fontaine.

*Versión editada de mesa redonda realizada el 25 de abril de 1991 en el Centro de Estudios Públicos.

Véase también en este número la mesa redonda titulada "La crisis de las nacionalidades en la Unión Soviética". Asimismo, en *Estudios Públicos*, 41 (verano 1991) "Impresiones sobre la Unión Soviética", por Arturo Fontaine Talavera y David Gallagher; "La fase superior y última del socialismo", por Vitaly Naishul; y las mesas redondas "Transición hacia economías de mercado: El caso de la URSS" y "Hacia una economía libre: La URSS y Hungría".

Vitaly Naishul:*

El tema del "desvanecimiento del Estado soviético" que quisiera plantear hoy podría extrañar de alguna manera a mis compatriotas. Sin embargo, intentaré describir por qué podemos hablar del desvanecimiento del Estado, en circunstancias que ese Estado, al mismo tiempo, lo abarca todo en la Unión Soviética; es más, podría decirse que hasta ahora ha habido una suerte de simbiosis entre el individuo (las estructuras sociales) y el Estado.

Primero, unas breves palabras sobre la génesis de este proceso de transformación y deterioro paulatinos de las organizaciones del Estado.** El punto de partida es cuando el Estado lo puede hacer todo, lo que corresponde aproximadamente a la época de Stalin. Luego se produce un cambio en el papel del Estado a lo largo de dos ejes. Por una parte, se desarrollan áreas en las que la acción del Estado es menor y, por otra parte, comienza un proceso más importante -en mi opinión- de transformación y disminución gradual de la potencia del Estado. Así, el Estado comenzó a perforarse poco a poco; su fuerza fue escurriéndose a través de pequeños agujeros dispersos, descentralizados, aunque en apariencia conservase un carácter monolítico. Diría que esto fue lo que caracterizó la época posestalinista, incluido el período de Brezhnev. Luego con la *perestroika* el proceso se acelera y cobra mayor vigor. En el aparato estatal comienzan a primar, manifiestamente, los intereses corporativos por sobre cualquiera consideración de bien público general; las instituciones gubernamentales apenas, y sólo en segundo lugar, cumplen funciones de regulación o de prestación de servicios sociales.

Sin duda, se trata de una situación muy extraña. Es muy difícil decir hoy qué es realmente el Estado soviético; éste se ha convertido en mero objeto de un juego burocrático-monetario. Tal vez lo correcto sea decir que son determinadas organizaciones que controlan ciertas cosas, y por eso de ellas dependen otras... Actualmente hay una paradójica mezcla de una enorme falta de libertad (porque de todas maneras no se puede prescindir de las organizaciones del Estado para conseguir algo) con un extremado liberalismo. No hay campos claramente delimitados donde el Estado pueda plantear

*Graduado en Matemáticas, Universidad de Moscú. Investigador de la Academia de las Ciencias de la Unión Soviética. Anteriormente se desempeñó como Investigador del Instituto de Investigación Científica en Economía del Comité de Planificación del Estado. Su artículo "La fase superior y última del socialismo" fue publicado en *Estudios Públicos*, 41 (verano 1991).

**Véase Vitaly Naishul, "La fase superior y última del socialismo", *Estudios Públicos*, 41 (verano 1991).

exigencias verdaderamente severas. Todo es flexible. No sólo no se pueden hacer aquellas cosas que en el socialismo no se pueden hacer, sino tampoco se puede hacer ninguna otra cosa. Pero de hecho se puede hacer cualquier cosa: aquello que no se puede hacer en el socialismo e incluso aquellas cosas que tampoco se pueden hacer en el capitalismo. Hace poco un ciudadano soviético que vive en Santiago me decía: "¡Qué cosa más rara! Aquí los carabineros no reciben sobornos". Para él, era algo perteneciente a otra dimensión. Y esa otra dimensión es en la que se vive actualmente en la Unión Soviética: una dimensión sumamente resbalosa.

En cuanto a las tendencias que pueden observarse en los distintos sectores de la Unión Soviética, comenzaré por el sistema monetario. Un economista que visitó recientemente Moscú se asombraba de que la moneda nacional no tuviese circulación interna: nadie estaba dispuesto a prestar servicios a cambio de rublos. Esta situación, sin duda, no puede prolongarse indefinidamente. Con el tiempo tendrá que establecerse una moneda nacional dura y habrá también, posiblemente, algunos sucedáneos. No sé si llegará a establecerse o no el dinero privado, pero hay una serie de artículos que se están empleando eficazmente como medios de intercambio, por ejemplo, los neumáticos para automóviles. En cuanto a la seguridad pública, Boris Lvin decía ayer* que las organizaciones que disponen de recursos prefieren garantizar su seguridad en forma privada. Por cierto, el Estado continúa prestando servicios de seguridad, pero si usted desea estar verdaderamente protegido, diríjase a alguna organización privada de seguridad. Respecto del proceso legislativo. De nuevo, es un juego donde los intereses particulares de los que legislan prevalecen por sobre los intereses del Estado. Las leyes reflejan una especie de digestión interna de los legisladores. (Son como los niños recién nacidos que no reaccionan a las señales externas, sino que están enteramente ocupados de su estómago.) Y el genio de esto es Mijaíl Gorbachov. El es quien toma las decisiones acerca de la digestión interna de los órganos del poder. En cierto modo, el gobierno sólo gobierna para sí mismo. Mi diagnóstico es que las verdaderas leyes sólo van a establecerse una vez que hayan finalizado las privatizaciones espontáneas.

Con todo, determinadas instituciones individuales continúan cumpliendo alguna función importante, particularmente aquellas que están todavía fuertemente controladas por el Estado: las Fuerzas Armadas, el KGB, los ferrocarriles, las telecomunicaciones, las redes eléctricas y, finalmente, las empresas industriales militares. En estos sectores, diría yo, el proceso de desintegración tiene lugar de manera más gradual.

*Véase en este número mesa redonda "La crisis de las nacionalidades en la Unión Soviética" realizada el 24 de abril de 1991 en el Centro de Estudios Públicos

Para terminar, sólo quisiera decir que el tema de las tendencias generales de la metamorfosis del Estado es, en realidad, una pregunta abierta, una a la cual yo, por ahora, no tengo respuesta. Y creo que constituye una pregunta aún mayor para nuestra sociedad, porque lo que a mí se me figura una paradoja, es un fenómeno totalmente anormal, o al menos desacostumbrado, para las personas que viven en nuestro país. Por eso la gente lo siente como falta de orden, y el nuevo orden no se percibe como tal.

Arturo Fontaine Talavera:*

Quisiera hacer tres comentarios. Primero, la descripción que hace Vitaly Naishul tiene una sorprendente similitud con la situación que aparece descrita por Hernando de Soto en su libro *El Otro Sendero*, quien ha mostrado allí en qué consiste la informalidad, sosteniendo que ésta se produce cuando la población busca fines moralmente legítimos a través de medios legales no permitidos, es decir, a través de la ilegalidad. En otras palabras, son prácticas ilegales que se hacen necesarias para realizar contratos o intercambios legítimos. (Legítimos, se entiende, en una sociedad libre.) Surgen, entonces, usos y costumbres alternativos al derecho oficial que tienen un sorprendente parecido con las normas que los liberales clásicos han sostenido, son las normas justas de una sociedad natural. Lo que Hernando de Soto ha descrito, por consiguiente, es la situación de una sociedad mercantilista absolutamente sobrepasada por los hechos. La situación actual de la Unión Soviética tiene mucho que ver con eso.

Ahora, de ese diagnóstico que hace Hernando de Soto no necesariamente se sigue que esta especie de *laissez-faire* que se produce en el sector paralelo sea el mejor de los mundos. En primer lugar, porque el costo de operar en un sistema sobrerregulado es enorme: los costos de transacción son muy altos y la incertidumbre es permanente. De manera que el sistema, por el hecho de operar en la ilegalidad, tiene un costo. En segundo término, porque las sociedades que han logrado constituirse al margen del derecho formal, sobre todo en zonas poblacionales, tienden a generar un Estado guardián, es decir, surge una autoridad coercitiva que se encarga de hacer cumplir los contratos y de castigar a los que los violan. Por consiguiente, no

*Profesor del Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Director del Centro de Estudios Públicos.

se produce una situación en la cual el Estado desaparece.* Al menos eso es lo que ha planteado Hernando de Soto en su libro, el que me parece muy interesante de comparar con la situación de la Unión Soviética.

El segundo comentario se refiere a la seguridad privada. Con mucha frecuencia se dice que la existencia de policía privada -cada vez más extendida en el mundo- de alguna manera mostraría que el Estado no es necesario. A mi juicio, el argumento tiene que ir más allá, porque la existencia de la policía privada o de la seguridad privada eficiente no demuestra que el Estado es innecesario o sustituible. Me parece que la seguridad privada, en el fondo, lo que hace es permitir el pago de ciertos servicios de protección que constituyen un añadido, un agregado, sobre la base de que el Estado existe. Es algo similar a lo que ocurre en Chile, por ejemplo, cuando el Estado garantiza una seguridad social mínima, una jubilación mínima, pero las personas hacen aportes adicionales. O lo que ocurre en salud: el Estado garantiza una cotización obligatoria mínima, pero las personas pueden hacer aportes superiores a lo exigible.

El Estado garantiza un mínimo de orden social, un mínimo de protección, que puede ser complementado por vías privadas, pero de esa manera no surge un Estado privado. ¿Por qué? Porque lo que caracteriza al Estado es la pretensión, la aspiración a ser el único órgano que tiene el poder coercitivo en forma legítima en la sociedad. Toda otra estructura de mando debe someterse a él. Pero no es inherente a la existencia del Estado el que todas y cada una de las funciones coercitivas estén dirigidas en forma centralizada. Es perfectamente posible que haya ámbitos de autonomía relativa, siempre y cuando estén subordinados, en última instancia, a la estructura central. Entonces, por mucha policía privada que haya, no desaparece el Estado sino en la medida en que cada una de esas policías privadas pase a ser, en un territorio determinado, la última palabra en materia coercitiva, y bajo ningún concepto admita que otro ejerza la fuerza en esa zona.

Los casos de seguridad privada, al menos los que yo conozco, están muy lejos de significar esto. Son, en el fondo, transacciones al interior de un Estado que retiene su aspiración de detentar el poder exclusivo. Esta aspiración, a mi juicio, puede ser analizada -aunque parezca un poco teórico- sobre la base de lo que Kant llamaba una "idea reguladora de la razón práctica", es

*Véanse Arturo Fontaine Talavera, "Hernando de Soto: El otro sendero"; Hernando de Soto, "Por qué importa la economía informal"; Hernando de Soto y otros, "Sector informal, economía popular y mercados abiertos" y Enrique Ghersi, "El costo de la legalidad" en *Estudios Públicos*, 30 (otoño 1988).

decir, una meta, un ideal.* Porque si bien el Estado nunca tiene, en la realidad, el monopolio de la violencia, tampoco nunca renuncia a esa aspiración. Es, entonces, una de esas ideas que Kant llama "reguladoras", es decir, que dan sentido al Estado, que constituyen una meta nunca conseguible pero nunca posible de abandonar. En el fondo, lo que subyace en esa aspiración es la aspiración a ser regido por normas universales de derecho. Y la humanidad nunca lo ha conseguido y, a la vez, nunca ha dejado de aspirar a ello. Esa es un poco la paradoja que está envuelta en el concepto de Estado.

Creo que algo similar ocurre con el dinero, y aquí sí que estoy aventurando una hipótesis que ciertamente no está en Kant. Yo diría que el dinero, en cierto modo, también es una "idea reguladora". Es decir, hay algo en el dinero que es ideal, que no es una realidad empírica. El principal medio de intercambio (o, si se prefiere, el bien más intercambiable), nunca llega a ser tan excluyente. En ese sentido, la idea de una moneda única es una idea reguladora, es decir, una meta que ni se abandona ni se logra. Por eso pienso que la aparición de monedas alternativas es inevitable, tanto como es inevitable la tendencia a ir vinculándolas con una principal o dominante.

No sé por qué se produce esto, ni sé si es necesario, pero supongo que algo tiene que ver con la existencia de un Estado capaz de establecer impuestos y de determinar en qué moneda quiere que se le paguen esos impuestos. Supongo que ahí hay una decisión que tiene que tomar el Estado y que influye fuertemente en este tema. Obviamente, el Estado no es libre de fijar a su antojo cualquier moneda o cualquier medio de pago, pero también es cierto que el Estado tiene una fuerte capacidad para influir en este mercado. Y este es, entonces, mi tercer comentario: hasta qué punto es factible imaginar dineros competitivos como una fórmula estable dada la existencia del Estado, dada su capacidad de exigir el pago de impuestos en una moneda determinada, y hasta qué punto existe siempre, en alguna medida, una situación de dineros alternativos o competitivos como una realidad empírica, aunque siempre como una realidad en vías de ser superada, como una realidad transitoria. Estos son mis comentarios.

David Gallagher:**

Considerando la evolución que han tenido los acontecimientos en la

*Para una visión rápida de la filosofía política de Kant, véase Joaquín Barceló, "Selección de escritos políticos de Immanuel Kant", *Estudios Públicos*, 34 (otoño 1989).

**Presidente de la Cámara Chileno Británica de Comercio. Miembro del Consejo Directivo del Centro de Estudios Públicos.

Unión Soviética, es natural que hayan aparecido nuevas formas de dinero... Cuando estuvimos allí en 1990* aprendimos que si desplegábamos una cajetilla de cigarrillos Marlboro, teníamos la posibilidad de parar un taxi en forma bastante expedita: la cajetilla era la prueba de que no intentaríamos pagar con inútiles rublos, inaceptables para un taxista. Los cigarrillos Marlboro son entonces una forma de moneda en este momento. En el futuro, instituciones privadas tal vez puedan prestar el servicio de proveer moneda en forma profesional, respaldándola con garantías de distintos tipos. Es hasta dable imaginar una sociedad original, utópica, donde todo el dinero se origina en el sector privado, como también las fuerzas de orden, la justicia. Es dable imaginarla como una sociedad muy atractiva, el producto de un orden no sólo espontáneo, sino privado en todas sus dimensiones.

Sin duda, ya hay en la Unión Soviética una privatización espontánea producto de un Estado que se volvió inoperante. Tal vez sea el comienzo de esa utopía eventual. Sin embargo, confieso sentir perplejidad ante la evolución del proceso. Me preocupan los peligros que hay en el camino, los que pueden llevar a frenarlo, en forma brusca y muy desagradable. Me temo que la utopía quede siempre postergada por violentas pesadillas.

Ustedes han señalado que ciertas palabras y conceptos que prácticamente no existían hace dos o tres años, como "privatización" o "mercado libre", son usadas ahora como *slogans* sin mucho contenido. Por otro lado está la privatización espontánea, basada en una corrupción inédita. ¿No será que lo que ocurre hoy en la Unión Soviética es una especie de violenta exacerbación del mercantilismo, sin mercado alguno que obligue a competir, una suerte de canibalismo mercantilista peligrosamente conjugado con una retórica de economía de mercado? Por un lado se crean cooperativas privadas que a su vez reciben franquicias y monopolios por parte de un funcionario que, quizás sin mucho poder pero pretendiendo y convenciendo que lo tiene, firma los decretos correspondientes. La cooperativa, gracias al decreto, obtiene un insumo artificialmente barato, una franquicia que le permite acapararse de un producto para venderlo a un precio monopolístico a consumidores indefensos. Después está el proceso de privatización informal de pequeñas y medianas empresas, que puede convertirse en fuente de súbito enriquecimiento para algunos y percibirse, entonces, como tremendamente ilegítimo por los ciudadanos que no salieron favorecidos, y que cuentan con un arsenal de retórica igualitaria para defenderse. Mientras tanto todo el proceso es

*Véase Arturo Fontaine Talavera y David Gallagher, "Impresiones sobre la Unión Soviética", *Estudios Públicos*, 41 (verano 1991).

disfrazado de "liberal". ¿No hay peligro que el resultado sea que el liberalismo quede desacreditado por completo, dando lugar tarde o temprano al anhelo de retomar a un socialismo puro y absoluto, como el que pudo haberse establecido si Lenin no hubiese sido tentado por la Nueva Política Económica, por ejemplo? ¿Un socialismo puro que se puede postular como algo jamás ensayado en Rusia, ya que el mismo Lenin lo traicionó?

Dos cosas, al parecer muy contradictorias, nos impresionaron en nuestra visita a la Unión Soviética. Por un lado, descubrimos muy rápido que a través de la iniciativa privada (o sea la coima) podíamos vencer muchos de los obstáculos que se nos presentaban día a día. Pero por otro lado (aunque fueran los meros ecos de un totalitarismo ya desvanecido), nos impresionó el grado de sumisión que observamos en mucha gente. Incluso a veces nos vimos contagiados y nosotros mismos nos sometíamos a procedimientos absurdos, a veces vejatorios. Hice colas en Leningrado, en Moscú, que en otros países habrían producido motines porque eran, obviamente, consecuencia de una arbitrariedad absoluta. Sin embargo, no sé si por inercia o por qué otra razón, nadie protestaba. El día ruso, tan lleno de frustraciones, de obstáculos innecesarios, era acogido con una sumisión sorprendente. Esta extraña combinación de corrupción anárquica y de disciplinada sumisión me hacen pensar en la posibilidad que con el desprestigio eventual de la primera se acentúe la segunda. El resultado final podría ser el rechazo a la libertad y una demanda por regresar a una especie de socialismo original, con el máximo autoritarismo.

Además, cuando existen una televisión monopólica y un ejército sumamente bien armado (aunque sea menos eficiente de lo que en algún momento se pudo haber pensado), en fin, cuando existen todos esos residuos de poder tan enorme, ¿no será grande la tentación de utilizarlos y no serán algún día bien vistos por la ciudadanía?

Vitaly Naishul:

El señor Gallagher ha aludido a un problema sumamente importante, cual es el proceso descentralización que está teniendo lugar en Rusia, en el que se van delineando los intereses de los distintos sectores de la sociedad, y también de las diferentes regiones. Cada cual está abocado a determinar, dentro de su propia esfera de acción, qué se puede hacer y qué no se puede hacer. Y esto conduce a una situación en la que aparece realmente una competencia entre las normas y leyes que emanan de distintos poderes. Lo que ocurre con los impuestos puede servir de ilustración. El gobierno de la

URSS fija para cierta actividad un determinado impuesto y, por otra parte, el gobierno de Rusia establece para esa misma actividad un impuesto menor. Por tanto, las empresas que tienen contactos más estrechos con el gobierno de la URSS se rigen por las leyes de la URSS; las otras, en cambio, optan por el sistema tributario menos oneroso de la república rusa. Este es un fenómeno muy extendido actualmente en la Unión Soviética.

En cuanto a la retórica del mercado y sus posibles consecuencias, sucede que en Rusia prácticamente nadie adhiere al liberalismo. Incluso los demócratas que hablan a favor de la economía de mercado, en realidad no se pronuncian por el mercado, sino por el mercado dirigido. Ellos no se oponen a la intervención en sí, sino a las "malas" intervenciones. Con todo, cada día hay más libertad de acción, pero no porque alguien hable de libertad o de las ideas liberales que llaman a la autolimitación del Estado, ni tampoco porque alguien comience a autolimitarse, sino porque las leyes se traslapan y, en definitiva, no se cumplen, originándose con ello espacios de mayor libertad de acción.

Cuando no hay posibilidades reales de que el Estado persiga, castigue y arreste, es difícil que la ley se cumpla. Hoy en Rusia, por lo general, sólo se acepta aquella parte de la ley que permite hacer -siempre que con ello no se contrarién las relaciones horizontales existentes (porque las verticales simplemente se ignoran)-. Es más, hay un profundo rechazo a la amenaza del uso de la fuerza, como a todo aquello que se intente imponer por esa vía. Por otra parte, curiosamente, la población no manifiesta el más mínimo interés en que se establezca una legislación que proteja la libertad. Y esa fuerza que no están dispuestos a tolerar sobre sus personas, no sólo la justifican sino que la exigen respecto de los demás. Por ejemplo, dicen que habría que "atar" a las vendedoras en las tiendas. Pero no hay manera de conseguir que quienes así se expresan se mantengan en sus propios puestos de trabajo. Ahora, como el "atar" a los demás supone la acción del Estado, esta demanda queda simplemente sin respuesta. Esta es la paradoja de la situación actual.

En ello reside también la respuesta a la pregunta de por qué no existiendo siquiera televisión privada en la Unión Soviética pueda surgir, sin embargo, el dinero privado. Este último puede llegar a establecerse antes que la televisión privada porque hay una presión comercial en ese sentido. Tal como aparecieron los *blue jeans*: su importación no estaba permitida, pero todos compraban *blue jeans* cuando viajaban al exterior. Oficialmente, ni un solo par había ingresado por la frontera soviética. En fin, de la misma manera se están produciendo cambios en otros ámbitos.

Tal como están las cosas, este país puede llegar a exhibir una libertad extraordinaria en algunos aspectos, y al mismo tiempo, en otros sentidos,

mantenerse completamente cerrado. Mencionaré otro ejemplo que caracteriza muy bien la situación actual respecto de las libertades. A comienzos de la *perestroika* se discutió mucho acerca de si se debía o no permitir que la población saliera libremente del país. Pero bastó conceder ese derecho a los grupos más conspicuos y a algunas personas con alguna influencia -a los judíos para emigrar, y a aquellas personas que habían sido invitadas al exterior por sus parientes o alguna organización- para que disminuyera ostensiblemente la lista de personas con pretensiones de salir al extranjero y, con ello, la presión política para introducir mayores cambios en esta materia. Esa es mi respuesta a la observación del señor Gallagher.

Boris Lvin:*

Comparto los sentimientos con que Vitaly Naishul concluyó su intervención inicial, es decir, el problema del Estado en Rusia para mí también es un misterio. Ciertamente, hay un proceso evidente de desintegración o disolución, como el hielo que se disuelve en el agua caliente. Pero, por otra parte, percibo que el fortalecimiento del Estado es inevitable. Y esa inevitabilidad es algo que simplemente siento...

Desearía hacer algunas observaciones acerca de lo que decía recién Vitaly Naishul en relación a que los legisladores no tienen en cuenta a la población. Lo que yo veo allí, en realidad, no es la confirmación de que el Estado, como organización, tiende a desaparecer, sino más bien que el Estado funciona de manera totalmente antinatural porque es un Estado forzado.

Me permitiré dar un ejemplo ilustrativo. Supongamos que en una sociedad determinada estén prohibidas por un tiempo las relaciones familiares normales, es decir, marido y mujer no pueden vivir juntos en un departamento independiente, etc. Sin embargo, de pronto eso se permite, pero con una condición: que en el mismo departamento, en la misma cama y en la misma cocina deben estar usted, su esposa, la tía de la vecina y el perro. Es poco probable que en tales condiciones usted y su esposa puedan tener una vida familiar normal. Se podría decir que la familia está en crisis, que se está desintegrando o que ha llegado a su fin, cuando en realidad bastaría con arrojar del departamento a los extraños, y entonces habría una familia normal. En el caso de Rusia, del mismo modo, podría decirse que Gorbachov

*Investigador del Instituto de Economía Política de la Academia de las Ciencias de la Unión Soviética.

realmente no piensa en Rusia ni en sus ciudadanos. Y con toda razón no piensa. Ayer señalé que para el actual gobierno central, Rusia no es la nación ante la cual las autoridades soviéticas se sienten principalmente responsables; para ellos Rusia es sólo un instrumento para la prosecución de su objetivo principal: la unidad del Estado. Todas las políticas de Gorbachov apuntan claramente al logro de ese objetivo. Esta sería mi observación en relación a los absurdos de la legislación actual.

En cuanto a la construcción de una sociedad liberal, diría que la libertad y la democracia, al menos en la literatura, siempre se han concebido como atributos de una sociedad con una moral elevada. Las relaciones ciudadanas libres sólo son posibles cuando se respetan las normas; cuando esas normas morales se encuentran suficientemente desarrolladas y han sido internalizadas por todos los miembros de la sociedad en cuestión. Ahora bien, es muy difícil hablar de la moral y la ética cívica rusas, porque éstas, por ahora, carecen de una formulación explícita en el plano institucional. Ayer me referí a la jerarquía eclesiástica rusa, y al mencionar sus grandes defectos estaba aludiendo, precisamente, a la Iglesia como institución, aunque también se puede hablar de la profunda crisis religiosa del pueblo ruso. En la vida cotidiana, sin embargo, se percibe una base moral subyacente, no expresada. Un ejemplo muy simple: cuando un ruso quiere decirle a otro que no está actuando correctamente, le dice: "¡No pareces ruso!" O sea, la gente siente que los rusos deben comportarse en conformidad con determinadas reglas; pero esas reglas no están formalizadas, no han recibido todavía una sanción superior. Y esa sanción superior no tiene por qué ser religiosa; bien podría fundarse en un objetivo de carácter nacional (como conservar determinadas fronteras históricas, ocupar algún lugar destacado en la cultura, en el deporte, en lo militar, etc.).

Una última observación. Cuando Vitaly Naishul hablaba, yo no podía dejar de recordar el libro de Tocqueville *El antiguo orden y la revolución*. En él Tocqueville argumenta, brillantemente, que todos los cambios revolucionarios en Francia se produjeron antes de la revolución, es decir, al momento de estallar la revolución se había ya desintegrado la antigua sociedad y la nueva ya había nacido. Sin embargo, para que lo nuevo pudiera consolidarse, para que la nueva sociedad pudiera emerger con toda su fuerza, fue necesaria una gran revolución y el fortalecimiento del Estado. El Estado fue precisamente el sujeto de esta revolución: el Estado fue el que rompió definitivamente con lo viejo y construyó lo nuevo. A mí me parece que lo que describió Vitaly Naishul es más o menos eso: el nacimiento de una nueva sociedad en el marco de lo antiguo. Pero la revolución y el fortalecimiento del Estado están aún por llegar.

Vitaly Naishul:

Quisiera polemizar un poco con Boris Lvin. El ha dicho que llegará el momento en que el Estado se pondrá manos a la obra. Pero, ¿por qué motivo todos, de pronto, van a interesarse tanto en mantener las actuales fronteras, a no pensar en otra cosa que en fortalecer el Estado?

Boris Lvin tiene el presentimiento de que en algún momento va a aparecer la necesidad del puño duro. Yo, en cambio, intuyo que todo el país está esperando impacientemente que aparezca la necesidad del puño duro. Pero no aparece. Ni tampoco veo siquiera un brote de fortalecimiento del Estado, ni veo, por ahora, proceso en marcha alguno en tal sentido.

Boris Lvin:

En cuanto a la necesidad creciente de un Estado que funcione, creo que bastaría mencionar el proceso de transformación económica y, en primer lugar, las privatizaciones. Las privatizaciones espontáneas están provocando una irritación cada vez mayor en los sectores populares. Este cambio espontáneo de las reglas económicas no cuenta con ningún apoyo o base de legitimación. Por consiguiente, es perfectamente razonable suponer que surgirá una demanda importante a favor de la instauración de un poder fuerte que establezca reglas generales y estables para las privatizaciones y reglas nuevas para la vida económica. Esa es la fuente del nuevo Estado.

Arturo Fontaine Talavera:

Quisiera sugerir que intentáramos aterrizar un poco la idea del dinero privado que se planteó antes. Quizás podríamos ver, en tomo a este tema, cómo juega o no el Estado; si es o no posible funcionar sin reglas generales.

Cuando aludí al ideal de Kant de la universalidad del derecho, de la universalidad de las reglas, pudo parecer algo muy teórico. Pero cuando se trata de establecer una firma de dinero privado, yo quisiera saber si es posible operar sin reglas generales que den un mínimo de certeza respecto de la conducta futura de los agentes económicos y, sobre todo, de los agentes que no usan sólo las palabras como método de persuasión, sino que las armas. Porque la existencia de un proceso de privatización espontánea es un proceso interesantísimo como puesta en marcha de un nuevo orden de cosas, como

germen de una tendencia que puede ser muy positiva. Pero no creo que la situación se establezca en la anarquía. Creo, más bien, que emergerán reglas generales con respaldo estatal.

Harald Beyer:*

Creo que lo más interesante del proceso ruso es justamente el fenómeno de la privatización espontánea. Esta "original" adquisición de la propiedad ("a la loca") no ha creado, aparentemente, mayores conflictos al interior de la población rusa. Por otra parte, da la impresión que fenómenos como la seguridad privada, el dinero privado, de alguna forma, son también respuestas espontáneas a la escasez de esos bienes en la sociedad rusa, dada la ineficiencia del Estado, dada la poca convertibilidad que tiene el rublo, etc.

Podría pensarse, en principio, que una sociedad no puede funcionar sin reglas generales, pero la pregunta es si es necesario el Estado para crear esas reglas generales. Creo que ésta es la clave, y mi impresión es que no es así. Es decir, el paso siguiente de la policía privada es una justicia privada. Alguien tiene que arbitrar los conflictos que puedan surgir entre estas policías, lo cual probablemente generará incentivos para crear cortes privadas que presten ese servicio de arbitraje al interior de la sociedad. *Los contratos* tendrían, entonces, que suscribirse bajo el amparo de una corte determinada por las partes concurrentes. Pienso que una situación de esta naturaleza, que no se aleja mucho de lo que ha sido la historia de las sociedades occidentales, podría darse hoy en la Unión Soviética.

Sin embargo, esto no significa que haya a futuro, necesariamente, muchas cortes o muchas monedas. Creo que es perfectamente posible imaginar una situación tal, espontáneamente generada, en la cual finalmente se llega a un solo medio de pago o a una sola corte. De hecho, Hayek ha señalado que si se llegara a introducir el dinero privado, es muy posible que con el tiempo sólo prevalezcan algunas pocas monedas o bien sólo una de ellas. Lo importante, sin embargo, es que existe la posibilidad que haya otras.

Es indudable que se requieren reglas generales. Pero la pregunta de fondo es, entonces, si es preciso generarlas desde arriba o centralmente o bien se pueden generar espontáneamente. Yo creo que pueden generarse espontáneamente. Aunque hoy no existan esas reglas generales en la Unión Soviética, llegará el momento en que tendrán que crearse.

*Profesor de la Facultad de Economía de la Universidad de Chile. Investigador del Centro de Estudios Públicos.

Vitaly Naishul:

No estoy seguro de que todas las leyes puedan establecerse de esa manera, desde abajo, aunque en la Unión Soviética, ciertamente, ya hemos tenido algunos casos. Podría mencionarse la privatización de la vivienda que se realizó en los años setenta. De hecho, en la actualidad las personas pueden disponer de sus viviendas como lo deseen; lo único que no pueden hacer es enajenarlas. Y esta privatización espontánea, *de facto*, fue recogida posteriormente en el Código de la Vivienda. Desde luego, creo que el Estado debe formular y dar solidez a las normas que ya existen en la sociedad. Otra cosa es que el Estado hoy no lo esté haciendo, sino que está intentando inventarlas, y como inventor es muy poco afortunado.

Quisiera referirme a lo expresado al final por Boris Lvin en cuanto a que las privatizaciones actuales no son reconocidas por la sociedad. Este es un problema sumamente complejo, porque aquí están en pugna factores muy diversos, por decirlo así, y es difícil predecir cuál será el desenlace. Primero, los trabajadores en la Unión Soviética no parecen tener pretensión alguna de llegar a ser propietarios. A diferencia de otros países, no hay bases psicológicas ni tradición cultural que favorezca la participación de los trabajadores como copropietarios de las empresas. Esto distingue radicalmente la situación rusa, por ejemplo, de la polaca. En efecto, a través de las privatizaciones los directores de las empresas están "arrebatando" una propiedad que, por otra parte, nadie toma. No digo que los trabajadores aprueben el comportamiento de los directores. Son cosas distintas. Lo que digo es que no quieren la propiedad para sí mismos, pero eso no significa que ellos deseen que la obtengan los directores ni que se opongan a ello. Lo que sí está claro, sin embargo, es que este proceso aún no se ha legitimado. Cómo va a resolverse este enigma, es muy difícil decirlo.

Juan Andrés Fontaine:*

Si entiendo bien, éste es un proceso que está en marcha. La pregunta es cómo puede combinarse una estrategia de privatización espontánea con la apertura de la economía. No creo que la Unión Soviética pueda resolver sus problemas en forma aislada. La solución pasa inevitablemente por su integración a una sociedad mundial, que funciona con Estados, con monedas na-

*Profesor del Instituto de Economía de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

cionales, con reglas de propiedad privada y, en general, con legislaciones que son bastante similares entre sí. Por tanto, aquí hay una restricción muy fuerte, a mi modo de ver, respecto de las opciones disponibles. No se trata de planificar una sociedad en el vacío, sino de integrarla a un mundo más amplio y que funciona de una manera determinada.

Vitaly Naishul:

Esta es una observación muy importante. Creo que hay que destacar, en este sentido, dos dimensiones. Una es el desarrollo de nuevas relaciones, consecuencia de la situación actual. La segunda concierne a los problemas de percepción y comprensión de los conceptos y estructuras del mundo que nos rodea.

Tanto en el plano de la redacción de las leyes como en el comportamiento de los hombres de negocios diría que hay un proceso de construcción a partir de un modelo. Los empresarios están procurando organizar sus empresas según los modelos existentes en el mundo exterior.

Boris Lvin:

Una breve observación respecto de lo que ha dicho Vitaly Naishul sobre las privatizaciones espontáneas. Es posible que los trabajadores realmente no tengan interés en la propiedad para sí mismos, pero puede que sí estén disconformes con el hecho de que tal o cual director sea el dueño de la empresa en que trabajan. La alternativa no tiene por qué expresarse exclusivamente en términos de "nosotros o el director", bien podría plantearse en términos de "el director, nosotros o esta otra persona (una tercera persona)". Esa es la cuestión.

Vitaly Naishul:

Comparto plenamente la preocupación de Boris Lvin respecto de la ilegitimidad de las privatizaciones espontáneas. Qué ocurrirá con ellas, para mí es una interrogante.

Arturo Fontaine Talavera:

El mayor escollo que uno percibe para poder apostar al proceso, tal

como está, es la incertidumbre de las reglas. Me parece que la inversión es difícil si no hay estabilidad en las reglas del juego. Se ha planteado -por Rothbard, por ejemplo- la posibilidad de la universalidad de reglas sin Estado. Sin embargo, casi todos los estudiosos del tema -Nozick, por ejemplo- sostienen que tendería a emerger un monopolio de la fuerza con el objeto de universalizar las reglas, su interpretación y su ejecución.

Ahí hay una disputa muy interesante entre Rothbard y Nozick. Con todo, más allá de la cuestión teórica, hay que admitir que no conocemos casos reales en los cuales haya universalidad de reglas en un territorio que no signifique también, necesariamente, universalidad de agencias de interpretación (tribunales) y de ejecución (policía) de las reglas, y esto debe tenerlo presente la reflexión teórica y la praxis.

Harald Beyer:

Ha habido casos, en la historia de Escocia e incluso de Chile, por ejemplo, en que el dinero privado funcionó en alguna medida adecuadamente, hasta que intervino el Estado estableciendo reglas no discrecionales. Está también el caso de Houston, donde los particulares han generado la mayor parte de las normas por las que se rige la construcción. Lo que quizás no haya sean casos en que no existiendo Estado haya uniformidad de normas. Pero al interior de situaciones de Estado sí encontramos, muchas veces, reglas discrecionales generadas por el Estado y reglas generales no discrecionales generadas espontáneamente.

Arturo Fontaine Talavera:

El caso de Houston muestra, justamente, la función del Estado. En Houston ha surgido una regulación privada de la planificación urbana muy interesante. Las normas de zonas y los reglamentos relativos a externalidades se fijan en las cláusulas de los contratos y han sido establecidos por los propios empresarios que desarrollaron el área. Pero en última instancia, la interpretación de los contratos y la resolución de los conflictos descansan en una reglamentación universal, general y monopólica que realiza el Estado. Dudo que esto pueda evitarse.

Volviendo a la preocupación central, creo muy difícil que con la actual incertidumbre general pueda haber inversiones importantes o un proceso de inversión sostenido. En cambio veo otro camino, un camino

común en Latinoamérica, en el cual se inician procesos de liberalización que luego se frustran. Es lo que ha ocurrido en Perú, por ejemplo. Allí se está viviendo el proceso -descrito por Hernando de Soto- de desregulación por la vía de la ilegalidad o la privatización espontánea. Aunque se han hecho algunos esfuerzos por incorporar a los informales, éstos han fracasado y el país va de mal en peor. Otro caso distinto, pero que también podría considerarse, es el de Febres Cordero, en Ecuador: un Presidente elegido democráticamente -y a la vez destacado empresario- que propone durante la campaña electoral todas las reformas económicas que uno consideraría razonables y, sin embargo, llegado el momento de gobernar empiezan los problemas. Todo ese movimiento liberal, con ideas liberales en la retórica, con apoyo democrático, a la vuelta de cuatro o seis años se transforma en un gigantesco fracaso y en una gigantesca frustración, de la cual Ecuador todavía no sale.

David Gallagher:

Si los interpreto bien, tanto Vitaly Naishul como Boris Lvin querían que este proceso de privatizaciones espontáneas se legitime en el tiempo mediante reglas claras y generales. Lo que están expresando ahora, a mi juicio, son sus diversos grados de escepticismo respecto de cuándo y cómo esto pueda ocurrir.

Creo que la preocupación de Boris Lvin -que yo comparto- radica en que el proceso de privatización espontánea, esta especie de revolución liberal motorizada por la corrupción, se origina y se apoya en un poder cuyo origen es un orden artificial e ilegítimo. Porque cuando un director o gerente se adjudica una empresa estatal (o se la adjudica su cuñado) está haciendo uso, para su propio beneficio, de un poder que le viene del Estado que fue creado por el comunismo.

Ahora, ¿qué reacciones eventuales puede suscitar este proceso, donde por alguna razón Iván y no Piotr se hace millonario a través de una entrega de poder que se origina en un decreto de fundamento tan dudoso? La legitimización de este proceso ¿no será casi imposible? Y mientras más avanza, ¿no ocurrirá algo aún peor? ¿No hay peligro que pierdan legitimidad no sólo las transacciones específicas efectuadas de esta forma, sino todas las transacciones privadas, la empresa privada en general?

Un ejemplo cerca de Chile: el gobierno de Febres Cordero en el Ecuador. Fue un gobierno que llegó al poder con una retórica liberal, pero su

desempeño fue corrupto. Si liberalizó algo, lo hizo para favorecer a algún amigo. Con retórica liberal se hacían jugosos negocios cuyo beneficio provenía del poder del Estado. La gente se quedó frustrada, y dado el abuso de la retórica liberal, las próximas elecciones fueron ganadas por un candidato socialista con el mero expediente de usar la expresión "neo liberal" como acusación difamatoria.

Temo que este proceso de privatización espontánea, que se origina en cuotas de poder de un Estado que ha perdido legitimidad y que se desintegra, termine provocando una reacción contraria muy fuerte. □